



"Indicador Religioso"

Real Parroquia de S. Mauro y S. Francisco

Año I

Alcoy 24 de Febrero de 1929

Núm. 2

Segundo domingo de Cuaresma

El Evangelio de la presente Dominica está tomado de San Mateo, c. 17, 1-9, y en él se nos refiere el acontecimiento de la Transfiguración del Señor. La vida de nuestro Señor Jesucristo fué vida de dolor y de tribulaciones inenarrables; y en los días que preceden a su pasión y muerte, fueron multiplicadas estas sus grandes amarguras en términos tales, que no podemos compararlas con pena alguna de las que pueden sufrir los mortales. La Iglesia, precisamente cuando recuerda esta triste época de la vida del Salvador, quiere que traigamos a la memoria la subida al monte Tabor, donde Jesús transfigurado, resplandeciente su rostro como el sol, y blanquísimas sus vestiduras como la nieve, recibe la adoración de los hombres y las alabanzas del cielo. Para nuestro aprovechamiento, todo el Evangelio nos enseña que los hombres que siguen el camino de la virtud, en medio de sus sufrimientos, reciben consuelos celestiales que embargan de gozo sus almas.

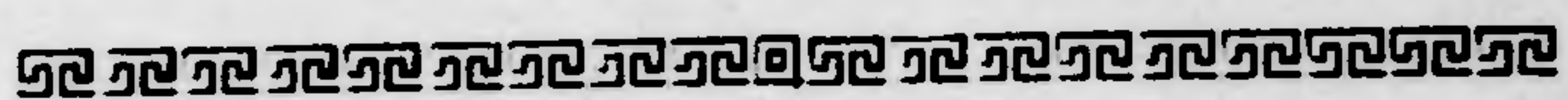
Llevóse Jesús a Pedro, Santiago y Juan, los tres discípulos que en la hora de la pasión le habían de seguir más de cerca: ellos vieron a Jesús transfigurado; sus oídos se deleitaron en aquella voz del cielo que decía: «Este es mi Hijo, muy amado, en quien tengo mis complacencias, oídle». Nuestro buen Jesús quiere hacernos gustar de emociones celes-

tiales, mas para ello desea que nuestra vida se ajuste a sus divinos preceptos, y que nuestra alma se revista de la fortaleza para seguirle, como hicieron los tres discípulos, aun en los días de la tribulación y del dolor.

Aparecen Moisés y Elías hablando con Jesús, y entonces Pedro enajenado de gozo por semejante visión, desea formar tres tiendas, una para el Maestro, otra para Moisés, y otra para Elías: pero aun estaba hablando cuando una nube resplandeciente vino a cubrirles y se oyó la voz del Padre. No es la vida el tiempo del descanso, sino el de trabajar y ganarle almas a Cristo; por eso vino aquella nube que puso silencio en los labios del Apóstol, que quería entregarse al goce de aquella felicidad. No queramos buscar las satisfacciones sensibles, antes bien abracémonos a la cruz, y en la mansión eterna gozaremos de los regalos que ahora no nos es dado ni siquiera concebir.

Al oír esta voz, los discípulos cayeron prostrados y tuvieron grande miedo; mas Jesús se acercó a ellos y los tocó y les dijo: «Levantáos y no temáis». También con nosotros desea repetir aquella tan tierna escena; nos invita a la amorosa carga de la cruz, y en la sagrada Comunión permite que saboreemos las delicias de que gozó Pedro; nos habla y nos promete su gracia para vencer a los enemigos que luchan porfiadamente contra nosotros, para arrebatarnos el tesoro de nuestra alma.

El Maestro, al bajar del monte, puso fin a esta escena tan sublime con unas palabras que encierran grandísimas enseñanzas: «A nadie digáis lo que habeis visto, hasta tanto que el Hijo del Hombre haya resucitado de entre los muertos». Con este precepto, Jesús nos advierte cuán prudente sea no hablar nunca de nosotros mismos, ni de nuestras obras de caridad; lo muy agradable que es a Dios el ver que sus hijos trabajan, no por lograr el aplauso de las gentes, sino por corresponder, siquiera sea en parte, a las finezas del amor de aquel que dió su vida en la Cruz por la redención de los hombres.



LA SANTA MISA

(Continuación)

¿Cómo se ha de procurar la atención, la devoción y el respeto en la asistencia a toda la santa Misa?

No basta, para cumplir con el precepto de oír Misa, estar en toda ella presente; se requiere además, en primer lugar, oírla con atención, esto es, que uno advierta que se está ofreciendo el santo Sacrificio y que al mismo tiempo se abstenga de toda acción, que excluya la atención interna. Esta atención puede referirse a las palabras y acciones del sacerdote; o al sentido de las palabras y misterios; o, en fin, a Dios mismo por medio de oraciones o de piadosas meditaciones. Por lo mismo, oye la Misa atentamente: 1.º el que, apartando toda distracción, va siguiendo las acciones del sacerdote en la forma siguiente: Cuando el sacerdote empieza la Misa, hace la señal de la cruz y forma la intención por la cual ofrece la Misa.—AL EVANGELIO se pone en pie por reverencia a la palabra de Dios, y hace al mismo tiempo la señal de la cruz en la frente, boca y pecho, en prueba de que cree, confiesa y quiere practicar la doctrina del Crucificado, que se contiene en el Evangelio.—EN EL OFERTORIO ofrece a Dios

la ofrenda que está en el altar y con ella a sí mismo y a todas las cosas.—AL SANCTUS alaba a Dios y saluda al Salvador que pronto bajará al altar.—A LA CONSAGRACION se arrodilla y adora al Salvador que desciende al altar, golpeándose el pecho, al levantarlo en alto el sacerdote oculto en la Sagrada Hostia, en señal de arrepentimiento por haber correspondido tan mal a la gracia que nos mereció en la Cruz, cuyo sacrificio está renovando. Puede en este momento ofrecer al Padre celestial el Salvador, que está en el altar, su pasión y muerte, por las intenciones particulares de la Misa.—EN LA COMUNION del sacerdote puede comulgar espiritualmente, si no lo hace sacramentalmente.—A LA BENDICION del sacerdote, puesto de rodillas, se santigua pidiendo a Dios le dé su bendición para hacer en aquel día lo que fuere de su mayor agrado, repitiendo en el último Evangelio lo que hizo en el primero.—2.º Se puede oír la Misa con atención considerando el sentido de las palabras y de los misterios, valiéndose al efecto de algún piadoso devocionario.—3.º Igualmente, rezando el santo Rosario, orando mentalmente, meditando en la Pasión de Nuestro Señor Jesucristo, y oyendo, con intención de aprovecharse, la palabra de Dios.

En segundo lugar, se requiere que todo lo dicho se haga con devoción, esto es, que además de evitar todo lo que estorbe la atención, ore uno con el sacerdote, particularmente en las tres partes principales de la Misa.

Finalmente, se ha de asistir a la Misa con respeto, que se manifiesta en la manera de presentarse y de estar en el Templo durante el Santo Sacrificio. Las tres cosas indicadas para oír bien la santa Misa se completan entre sí, porque no puede tener verdadera devoción el que no procure estar atento, ni el que falte al respeto que se merece el divino Sacrificio: pues la Iglesia nos manda oír Misa para que en ella adoremos a Dios en espíritu y en verdad, y no hace tal cosa el que está sin atención, devoción y respeto.

Llevados del cielo de la Casa de Dios y del respeto que se debe al santo Sacrificio de la Misa, no nos cansaremos de inculcar en el ánimo de los feligreses, y de repetir hasta la saciedad, para que tomen buena nota de ello, sobre todo las señoras y señoras, que su asistencia a la santa Misa debe respirar modestia, veneración y respeto, edificándose mutuamente por el espíritu de humildad y de compunción, pues que allí vamos, como pecadores penitentes, a impetrar del Cielo, por los méritos de Nuestro Señor Jesucristo, el perdón de nuestras culpas.

(Se continuará)

Del Catecismo gráfico de Doctrina Cristiana.

Espíritu parroquial

Es la parroquia una gran familia religiosa, cuyos hijos son los feligreses, siendo su padre el párroco. Consiste el espíritu parroquial en una piadosa unión de los fieles que forman la parroquia, y su adhesión sincera y sumisión filial al párroco, pastor de la misma, y a su clero.

Al principio del cristianismo, los fieles estaban unidos entre sí con los lazos de la caridad más perfecta. Eran constantes en la oración y en la fracción del pan. Su vida se compendió en esta sencilla frase: *Tenían un solo corazón y un alma sola*. Este es el espíritu parroquial, un solo corazón para amar a Dios; un alma sola para practicar el bien.

Debemos respeto y gratitud a nuestro párroco y a sus sacerdotes cooperadores: *respeto*, porque son estos sacerdotes ministros del Altísimo; *gratitud*, porque pasan la vida en la más completa abnegación en favor nuestro. Todo lo sacrifican por nosotros; las esperanzas del porvenir como los goces del hogar, no codiciando más recompensa que la satisfacción de hacernos bien y encomendarnos al cielo.

Después de Dios, todo, en el orden espiritual, a nuestros sacerdotes lo debemos. Sin ellos nos viéramos privados de la Eucaristía; a su voz, baja cada día a nuestras iglesias Jesucristo; sus manos nos reparten este pan de vida. Arrodillados a sus pies, confesamos nuestras faltas, y nos reconcilian con el cielo. Desde lo alto de la cátedra de la verdad, nos enseñan la ciencia divina. En ellos hallamos consejo y sostén en las dudas y en las pruebas. Acuden a la cabecera del enfermo que padece, y a menudo interrumpen el descanso de la noche para asistir al moribundo en la agonía. Acompañan a la última morada al fallecido, y más allá del sepulcro nos siguen sus oraciones.

Debemos amar a los fieles que forman la parroquia, rogar por ellos, interesarnos por cuanto les concierna. Hermanos, y no extraños, han de ser para nosotros.

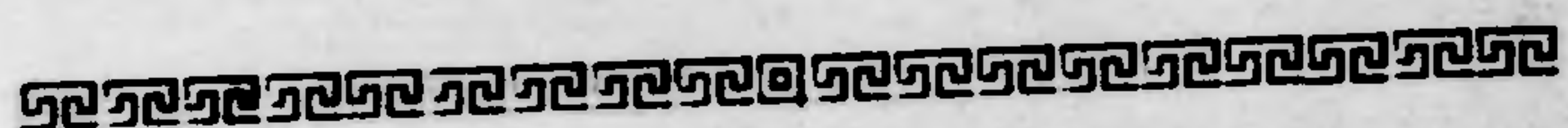
Tiene derecho a nuestro amor aquel recién nacido que llevan a bautizar; es un hermanito más en nuestra familia parroquial. La fiesta de la primera comunión ha de regocijarnos el alma: es el día en que nuestros hermanitos se sientan por vez primera a comer en la mesa de familia. Aquellos dos esposos arrodillados al pie del altar merecen nuestra piadosa simpatía: son dos hijos de la familia que se unen para continuar juntos su camino hacia el cielo. Cuando el sacerdote junto al ataúd reza las preces de los difuntos, hemos de rogar a Dios por aquel hermano que ya no existe entre nosotros.

Este espíritu parroquial debe también guiarnos en el ejercicio de las buenas obras. Todos los pobres tienen derecho a nuestra compasión; pero desde luego hemos de asistir a los de la parroquia. Son acreedoras a nuestro interés todas las obras de caridad; mas después de las obras generales que interesan a toda la Iglesia y vienen especialmente recomendadas por el Sumo Pontífice, hemos de sostener *primeramente* las de la parroquia.

No nos contentemos con fomentar en nosotros mismos este espíritu parroquial; haga-

mos todo esfuerzo para inspirarlo y desarrollarlo en derredor nuestro, conservando, en cuanto nos sea dable, la buena armonía y la concordia, y procurando una más estrecha unión de corazones.

M. L. Ch.



Santoral y Cultos

Domingo 24.—San Matías ap., Sta. Primitiva mr., Stos; Pretextato ob. y mr., Sergio mr., Montano, Lucio, Julian y compañeros mrs., Modesto ob. conf. y Edilberto Rey.—El oficio y Misa son de la Dominica 2.^a de Cuaresma; con rito semidoble y ornamentos morados.

Por la mañana a las siete y media Misa de Comunión por los Siete Domingos de San José y Turno de San Tarsicio. A las nueve y media Misa mayor. Por la tarde a las cuatro corona, sermón cuaresmal y Vía-Crucis en sufragio de D. Agustín Arnauda; al anocheecer ejercicio de los Siete Domingos a intención de D.^a Carolina Pascual Cantó.—Indulgencia de la Bula.

Lunes 25.—Stos. Victorino, Víctor, Nicéforo, Donato y Justo mrs., S. Felix III papa, S. Tarasio cb. y S. César conf.—El oficio y Misa son de S. Matías ap. con rito de 2.^a clase y conmemoración de la Feria; ornamentos encarnados.

A las nueve y media de la mañana Aniversario por D. Santiago Pascual. Al anocheecer corona y ejercicio del Vía-Crucis en sufragio de D. Agustín Gisbert.—Indulgencia de la Bula.

Martes 26.—Stos. Nestor ob. mr., Papías, Diodoro; Fortunato y Felix mrs., Faustiano ob.—El oficio y Misa de la Feria, con rito semidoble y ornamentos morados.—Hoy se permiten las misas rezadas de *Requiem*.

Al anocheecer corona y ejercicio del Vía-Crucis en sufragio de D. Luis Bosch Climent.—Indulgencia de la Bula.

Miércoles 27.—S. Leandro ob. conf. y doctor, Stos. Alejandro, Abundio y Julian mrs.—El oficio y Misa de S. Leandro, arzobispo

de Sevilla con rito doble, conmemoración de la Feria y ornamentos blancos.

Al anocheecer, corona, Vía-Crucis y sermón cuaresmal.—Ayuno. Indulgencia de la Bula.

Jueves 28.—Stos. Macario, Rufino, Jusot y Teófilo mrs., Román ab. y Baldomero conf.—El oficio y Misa de la Feria, con rito semidoble y ornamentos morados.

Al anocheecer corona, ejercicio del Vía-Crucis a intención de una persona devota y Hora Santa.—Indulgencia de la Bula.

Viernes 1.^o de Marzo.—Primer viernes dedicado al Sagrado Corazón de Jesús.—Santos León, Donato, Nicéforo y doscientos sesenta mrs., Albino conf.—El oficio y Misa de la Feria con rito semidoble y ornamentos morados.

Empiezan Cuarenta Horas en honor de la Cueva Santa. A las seis de la mañana se descubre a S. D. M. A las siete y media Misa de Comunión por el Apostolado de la Oración y ejercicio de primer viernes. A las nueve Misa mayor. Al anocheecer corona, Vía-Crucis, sermón cuaresmal y Reserva.—Ayuno con abstinencia. Indulgencia de la Bula.

Sábado 2.—Stos. Sovino, Pablo, Heraclio y Lucio mrs. y Simplicio papa.—El oficio y Misa son del Sábado con rito semidoble y ornamentos morados. Continúan las Cuarentas Horas; se descubre a las seis; a las nueve Misa mayor. Al anocheecer corona, Vía-Crucis y Reserva.—Ayuno. Indulgencia de la Bula.

MOVIMIENTO PARROQUIAL

NACIMIENTOS

Vicente Catalá Ortiz, de Vicente y Francisca.

María Linares Pascual, de José e Isabel.

Pablo Miró Berenguer, de Pablo y Pura.

Eliseo Calabuig Pérez, de Eliseo y María.

Julia Catalá Ramos, de Joaquín y María.

Juanita Llopis Ferrándiz, de Amadeo e Isabel.

Joaquín Picó Baldó, de Joaquín y Milagro.

María Mullor Pastor, de Antonio y Amanda.

DEFUNCIONES

Antonio García Doménech, de 66 años.

Sebastiana Colomer Pérez, de 77 años.

Antonio Escoda Fuster, de 68 años.

Bautista Tormo Soler, de 76 años.

Joaquín Fraj Pons, de 32 años.

José García Jordá, de 64 años.

Joaquín Picó Doménech, de 39 años.

Rafael Blanquer Gimeno, de 9 meses.

Luis Cantó Vilaplana, de 53 años.